

«Para ese viaje...».

Una reflexión sobre las imposturas intelectuales

Carmen Mataix Loma
Universidad Complutense de Madrid

En el mundo no hay mayor pecado
Que no seguir al abanderado.
Y no gusta que
Uno tenga su propia fe.

“-Señor conde —dijo Patronio—, tres pícaros fueron a palacio y dijeron al rey que eran excelentes tejedores, y le contaron cómo su mayor habilidad era hacer un paño que sólo podían ver aquellos que eran hijos de quienes todos creían su padre, pero que dicha tela nunca podría ser vista por quienes no fueran hijos de quien pasaba por padre suyo.

»Esto le pareció muy bien al rey, pues por aquel medio sabría quiénes eran hijos verdaderos de sus padres y quiénes no, para, de esta manera, quedarse él con sus bienes, porque los moros no heredan a sus padres si no son verdaderamente sus hijos. Con esta intención, les mandó dar una sala grande para que hiciesen aquella tela.

»Los pícaros pidieron al rey que les mandase encerrar en aquel salón hasta que terminaran su labor y, de esta manera, se vería que no había engaño en cuanto proponían. Esto también agradó mucho al rey, que les dio oro, y plata, y seda, y cuanto fue necesario para tejer la tela. Y después quedaron encerrados en aquel salón.

»Ellos montaron sus telares y simulaban estar muchas horas tejiendo. Pasados varios días, fue uno de ellos a decir al rey que ya habían empezado la tela y que era muy hermosa; también le explicó con qué figuras y labores la estaban haciendo, y le pidió que fuese a verla él solo, sin compañía de ningún consejero. Al rey le agradó mucho todo esto.

»El rey, para hacer la prueba antes en otra persona, envió a un criado suyo, sin pedirle que le dijera la verdad. Cuando el servidor vio a los tejedores y les oyó comentar entre ellos las virtudes de la tela, no se atrevió a decir que no la veía. Y así, cuando volvió a palacio, dijo al rey que la había visto. El rey mandó después a otro servidor, que afirmó también haber visto la tela.

»Cuando todos los enviados del rey le aseguraron haber visto el paño, el rey fue a verlo. Entró en la sala y vio a los falsos tejedores hacer como si trabajasen, mientras le decían: «Mirad esta labor. ¿Os place esta historia? Mirad el dibujo y apreciad la variedad de los colores». Y aunque los tres se mostraban de acuerdo en lo que decían, la verdad es que no habían tejido tela alguna. Cuando el rey los vio tejer y decir cómo era la tela, que otros ya habían visto, se tuvo por muerto, pues pensó que él no la veía porque no era hijo del rey, su padre, y por eso no podía ver el paño, y temió que, si lo decía, perdería el reino. Obligado por ese temor, alabó mucho la tela y aprendió muy bien todos los detalles que los tejedores le habían mostrado. Cuando volvió a palacio, comentó a sus cortesanos las excelencias y primores de aquella tela y les explicó los dibujos e historias que había en ella, pero les ocultó todas sus sospechas. (.....)

»Cuando llegó el día de la fiesta, los tejedores le trajeron al rey la tela cortada y cosida, haciéndole creer que lo vestían y le alisaban los pliegues. Al terminar, el rey pensó que ya estaba vestido, sin atreverse a decir que él no veía la tela.

»Y vestido de esta forma, es decir, totalmente desnudo, montó a caballo para recorrer la ciudad; por suerte, era verano y el rey no padeció el frío.

»Todas las gentes lo vieron desnudo y, como sabían que el que no viera la tela era por no ser hijo de su padre, creyendo cada uno que, aunque él no la veía, los demás sí, por miedo a perder la honra, permanecieron callados y ninguno se atrevió a descubrir aquel secreto. Pero un negro, palafrenero del rey, que no tenía honra que perder, se acercó al rey y le dijo: «Señor, a mí me da lo mismo que me tengáis por hijo de mi padre o de otro cualquiera, y por eso os digo que o yo soy ciego, o vais desnudo».

»El rey comenzó a insultarlo, diciendo que, como él no era hijo de su padre, no podía ver la tela.

Al decir esto el negro, otro que lo oyó dijo lo mismo, y así lo fueron diciendo hasta que el rey y todos los demás perdieron el miedo a reconocer que era la verdad; y así comprendieron el engaño que los pícaros les habían hecho.”¹

Este relato de los Cuentos del Conde Lucanor, escrito por el infante D. Juan Manuel en el siglo XIII, y recogido a su vez de una colección de cuentos persas, el *Calila e Dimna*, es el ejemplo de un engaño que ha sido y es más frecuente de lo que pudiera parecer pues incluso ha dado lugar a una frase que se ha incorporado al lenguaje popular, “El rey está desnudo”, que se dice cuando se quiere desvelar un engaño. Se trata por tanto de un cuento que muestra cómo se realiza una trampa, un engaño, un error provocado, con un mensaje explícito o implícito, que excluye de una cierta comunidad (erudita, honrada, etc.) a quien no ve o no acepta la comunicación que se trasmite. Así también Cervantes escribió después un entremés de gran fuerza cómica *El retablo de las maravillas*, en el cual se exhibían unas figuras invisibles que el narrador anunciaba previamente, avisando, como en el cuento anterior, que no todo el mundo podrá verlas:

“Chanfalla.— Por las maravillosas cosas que en él se enseñan y muestran, viene a ser llamado *Retablo de las maravillas*; el cual fabricó y compuso el sabio Tontonelo debajo de tales paralelos, rumbos, astros y estrellas, con tales puntos, caracteres y observaciones, que ninguno puede ver las cosas que en él se muestran, que tenga alguna raza de confeso, o no sea habido y procreado de sus padres de legítimo matrimonio; y el que fuere contagiado destas dos tan usadas enfermedades, despídase de ver las cosas, jamás vistas ni oídas, de mi retablo”.²

En este texto ya hay que hacer notar no solamente el engaño que comporta, sino también el empleo de elementos con carácter pretendidamente científico o esotérico: las

¹ Infante D. Juan Manuel: *El Conde Lucanor*, Lo que sucedió a un rey con los burladores que hicieron el paño.

² Cervantes: *El retablo de las maravillas* Puede encontrarse en:
http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/cerv/12253850819034839098213/p0000001.htm#I_1_

figuras geométricas, como los paralelos, los rombos, los astros y las estrellas, están en esa estrecha franja entre las matemáticas y la magia de la época, (s. XVII).

Estas dos narraciones exponen de manera muy clara en qué consiste el engaño y los riesgos de no aceptar o no percibir lo que los embaucadores muestran: la tela del rey o las figuras del teatro. No se trata, por lo tanto, de metáforas, ni tampoco de alucinaciones o visiones de un individuo, como puede ser el caso de *El Quijote*, o el de *El Guía de l'Hermitage*, de Herbert Morote. En el primer caso Alonso Quijano ve gigantes donde hay molinos de viento, pero no pretende hacer pasar de deshonorado a quién no los ve. En la obra de Morote, basada en un caso real, el Gobierno soviético retiró los cuadros del Museo de l'Hermitage antes de que los alemanes entraran a S. Petersburgo; pero un guía del Museo siguió explicando y comentando los cuadros que ya no estaban allí, y que se sabía de memoria en sus más mínimos detalles, a un público también invisible. Por lo tanto, tampoco en este caso constituye un engaño pues ni siquiera pretende convencer a un público real.

No obstante, las imposturas se producen en todos los campos y en todos los tiempos y me voy a referir a diversos contextos de la época actual

En los años sesenta del pasado siglo las películas “con mensaje” se hicieron habituales para un público que las aceptaba casi sin entender, y desde luego, sin captar el supuesto “mensaje” que trasmitían, al parecer, sólo para iniciados.

También son habituales hoy en la publicidad donde se acude a un recurso clásico en este tipo de engaños: el nominalismo, es decir el uso de términos pseudo-científicos o que parezcan científicos. Así por ejemplo, un detergente que se anuncia con una serie de palabras carentes de sentido: “Vanish oxi-action cristal white”, pero que parece que tienen o quieren tener ciertas resonancias científicas, o la “arielita”, — término que pretende sugerir por su terminación algún producto químico—, para designar el medidor de plástico de un cierto detergente para lavadoras.

Por su parte, la política acude también con frecuencia a este tipo de imposturas con el mismo procedimiento ya citado: el nominalismo; tratando de sustituir el debate de los problemas por el debate sobre los nombres de los problemas, o ir cambiando

incluso la denominación de algunas Instituciones o de ciertas situaciones con el fin de convertirlas en otra cosa, desde lo que pudiera parecer un inofensivo cambio de nombre.

La gastronomía tampoco queda fuera de este tipo de imposturas y recientes de declaraciones de algunos de sus más conocidos “chefs” ha abierto la polémica también en este novedoso ámbito.

Pero el campo más abonado para estos peculiares engaños es el Arte. En el se abrió un terreno con el surrealismo y sobre todo con *Marcel Duchamps* y su obra *Fontaine* (1917); pero tal vez sea por ahora el “trabajo” de *Piero Manzoni* el que llega a ser una verdadera provocación.

(Ver Figura siguiente: Duchamos: Fontaine)



“Un pequeño terremoto ha sacudido este verano el mundillo artístico. El epicentro han sido las famosas y provocadoras latas de *Merde d’artiste* de *Piero Manzoni* cuyo contenido parece ser uno de los misterios mejor guardados del arte contemporáneo. ¿Qué hay en su interior? Con seguridad, nadie parece saberlo. Un colega suyo afirma que hay yeso. A los coleccionistas, que han llegado a pagar 97.000 euros por un ejemplar, les da igual.

“No podemos abrir la lata si no queremos destruir la obra”, dicen en la Tate, que tiene una pieza de la serie en su colección

Una de las 90 latas de ‘Merde d’artiste’ que realizó Manzoni en 1961 se vendió el pasado mes de mayo por 96.774 euros.



La *Merde d’artiste* de Manzoni es tal vez el artefacto más curioso e intrigante de la historia reciente del arte. Se trata de un múltiple, es decir, 90 latas de conserva de pequeño tamaño con una etiqueta que pone, en varios idiomas: “Mierda de artista. Contenido neto: 30 gramos. Conservado al natural. Producida y envasada en mayo de 1961”. Sobre la tapa, el número de la lata y la estampación de la firma del artista: Piero Manzoni.

La opinión que tenía Manzoni sobre el mercado del arte y su funcionamiento queda meridianamente clara con esta pieza que, precisamente, en su irónica radicalidad intentaba llevar al *límite la capacidad de asimilación del consumismo aplicado al arte*. Puso a la venta las latas equiparando su peso al del oro, una equivalencia que no era nueva en una época en la que los artistas comenzaban a dar el *gran salto* de las obras a los conceptos. “No hay nada que decir, sólo hay que ser, sólo hay que vivir”, escribió Manzoni en 1960 como colofón de su texto teórico *Dimensión libre*. Años antes, un joven Yves Klein había vendido, con éxito, sus “zonas de sensibilidad pictórica inmaterial”, que cambiaba por 20 gramos de oro. El artista francés no vendía nada tangible, sólo

una idea que se materializaba en un acto ritual que consistía en que él tiraba el oro al río mientras el coleccionista quemaba el recibo de la venta.

Su periodo activo como artista es corto, de 1956 a 1963, pero según como se mire aprovechó el tiempo —en los últimos tiempos no paró de viajar y de inaugurar exposiciones— y, además, con sus latas de mierda superó en radicalidad tanto a las propuestas de Klein como, en cierta manera, a las de su inspirador, Marcel Duchamp, cuyo urinario (*Fontaine*, de 1917), además de resultar igualmente escatológico, es el punto de partida de una gran parte del arte del siglo XX.

La polémica sobre el contenido de *Merde d'artiste* la desató hace poco el artista italiano Agostino Bonalumi con un artículo en el *Corriere della Sera* en el que desvelaba que las famosas latas no contenían lo que decían, es decir, excrementos producidos por Manzoni, sino, seguramente, yeso. La “noticia” ha corrido como la pólvora y ha abierto el debate en los foros de Internet, en su mayoría afectos a la versión de que es una prueba más del “*gran engaño*” que es buena parte del arte contemporáneo, pero de momento parece que no ha afectado ni a la valoración del artista por los especialistas -Manzoni tiene muchos *fans*- ni a su cotización en el mercado.

Según el índice Art-price, la última *Merde d'artiste* vendida por Sotheby's el pasado 22 de mayo en Milán se adjudicó por 96.774 euros, casi 30.000 euros más que la anterior, vendida en febrero por Christie's en Nueva York. La mayoría de las latas está en manos privadas, pero algunos museos, como la Tate Modern, el Moma o el Pompidou, ya la tienen en sus colecciones como una de sus piezas máspreciadas”³.

Características esenciales de la ciencia moderna

³ El País.com, 9 Agosto de 2007.

El desarrollo de la Ciencia desde el siglo XVI, en que se configuró la Ciencia moderna, al XIX, se ha fundamentado en un racionalismo pitagórico platónico que aportó enormes éxitos. Pero, ¿por qué fue el racionalismo la postura metodológica que acabó imponiéndose? Pues, aunque ahora se haya olvidado este planteamiento venía apoyado y respaldado por una hipótesis teológica: la idea de la existencia de un Ser Absoluto responsable no sólo de la existencia del universo, sino también de nuestro conocimiento de éste. En consecuencia el mundo tenía una estructura previamente dada y determinada: era un objeto ordenado, armonioso, racionalmente organizado, y, por lo tanto accesible al conocimiento humano, que no tenía más que limitarse a descubrir las leyes que rigen su comportamiento ya que éstas eran leyes matemáticas. Esta ciencia se convirtió entonces en modelo de las demás y en la metodología necesaria para las otras. Por eso Kepler dedicó gran parte de su vida a buscar sus tres famosas leyes del movimiento de los planetas y especialmente la última, de una gran dificultad, pero por la que luchó en la convicción de que tenía que haber una relación entre todos los planetas cuyo reflejo era la belleza y la armonía que el universo manifestaba.

Tres cosas había en concreto sobre las cuales yo insistentemente quería saber por qué eran así y no de otra manera: el número, la magnitud y el movimiento de los orbes (Numerus, Quantitas et Motus Orbium). Lo que me enardeció para esto fue la maravillosa *armonía de las cosas* inmóviles, el Sol, las estrellas fijas y el espacio intermedio, con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, semejanza que yo aún seguiré investigando.⁴

Esta creencia ponía por delante la teoría frente a los hechos, la razón frente a los sentidos. La matemática se convertía en ciencia modelo y las cualidades medibles de las cosas eran las únicas que se consideraban objetivas.

Sin embargo, en el siglo XVIII los empiristas, especialmente Hume y Berkeley empiezan a cuestionar este planteamiento, proponiendo la prioridad de la experiencia frente a la razón: La crítica que hace Hume al concepto de causalidad y especialmente al de fuerza en la mecánica clásica muestra la brecha que empieza a producirse entre las leyes matemáticas que explican el comportamiento del universo, tal como la ley de gravitación de Newton y los hechos, en este caso la inexplicable atracción de los planetas.

⁴ Kepler, Johannes: *El secreto del universo*, Primer Prefacio al lector, Alianza, Madrid, 1992, p. 66.

De este tipo es la gravedad por cuya mediación los cuerpos tienden hacia el centro de la Tierra, como también la fuerza magnética, que atrae el hierro al imán, y esa fuerza —sea la que fuere— en cuya virtud los planetas son continuamente apartados de los movimientos rectilíneos que de otra manera seguirían, y obligados a girar en órbitas curvas.⁵

Como explica Popper a propósito de Berkeley:

En la física se utiliza equivocadamente la palabra “gravedad” y “fuerza”; introducir la fuerza como causa o “principio” del movimiento (o de la aceleración) es introducir una “cualidad oculta”.⁶

Berkeley, por su parte, hace una crítica al esencialismo desarrollado incluso por la propia mecánica, para acentuar un nominalismo. Como dirá después Popper herederos de Berkeley fueron Mach, creador del Círculo de Viena e incluso Einstein.

Todo el que lea estas tesis —comenta Popper— debe quedar sorprendido por su modernidad. Son asombrosamente análogas, especialmente en la crítica a Newton, a la filosofía de la física que Ernst Mach enseñó durante muchos años con la convicción de que era nueva y revolucionaria, en la que fue seguido por Joseph Petzold y que tuvo inmensa influencia sobre la física moderna, especialmente sobre la Teoría de la Relatividad.⁷

Precisamente en medio de este profundo debate quedó atrapado uno de los científicos más importantes de principios del siglo pasado: Ludwig Boltzmann, quien dio un paso decisivo en el desarrollo de la Termodinámica. Esta ciencia aún incipiente se encontró con dos leyes con un estatuto distinto; la primera ley era de carácter racional (la conservación de la energía), la segunda, la de la entropía, se presentaba como una ley de carácter empírico. Para resolver esta dualidad Boltzmann optó por una solución mecánica atendiendo a las condiciones del comportamiento de un gas: presión y temperatura. Para ello recuperó el concepto de átomo, un concepto ya desechado por Mach en la revisión crítica que hizo de la mecánica de Newton, considerándolo una “ociosa hipótesis metafísica”. Aunque Boltzmann se defendiera desarrollando una Termodinámica estadística, basada en la mecánica estadística de Gibbs, las críticas de Mach no cesaron.

Para evitar malentendidos, quiero desde el primer momento especificar que el propósito de las siguientes consideraciones es la contestación de preguntas muy determinadas. Puesto que la utilidad que el desarrollo de la atomística ha tenido para la ciencia es algo que no puede ser puesto en duda por ningún experto imparcial en historia de la ciencia, podemos formular así la pregunta: ¿No tiene también la atomística en su forma actual grandes ventajas frente al fenomenismo que se

⁵ Newton, Isaac: *Principios matemáticos de la Filosofía natural*, Editora Nacional, Madrid, 1982, Def. V, p. 225.

⁶ Popper, Karl: “Nota sobre Berkeley como precursor de Mach y Einstein”, en *Conjeturas y Refutaciones*, Paidós, Barcelona, 1994, p. 209.

⁷ Idem, p.214

cultiva hoy en día? ¿Existe alguna probabilidad de poder desarrollar en un tiempo previsible a partir del fenomenismo una teoría que posea exactamente las ventajas que caracterizan el atomismo? ¿No existe la posibilidad de que se abandone el atomismo actual, o análogamente, que el fenomenismo se disuelva progresivamente en él? Finalmente, ¿no sería un perjuicio para la ciencia si no se cultivaran hoy día los puntos de vista de la atomística actual, con el mismo celo con el que se cultiva el fenomenismo? La respuesta a tales cuestiones, para mí, es favorable al atomismo.⁸

De nada sirvieron los elogios y el apoyo que este científico tuvo de Max Planck; como él mismo dice, “Boltzmann fue quién introdujo en la termodinámica la teoría atómica, pero

Boltzmann, de todos modos, no se esforzó mucho para imponer su hipótesis a los hombres de ciencia, quienes presentaron gran resistencia a su aceptación, pero en la actualidad ha sido completamente admitida.⁹

Sin embargo al principio del siglo XX coincidieron dos actitudes opuestas:

1º- Por un lado un desarrollo espectacular de la ciencia: en la Física, con la Teoría de la Relatividad y la Mecánica cuántica, pero también en la biología; todas ellas seguían teniendo a las matemáticas como ciencia modelo y la idea de una teoría por delante de los hechos. Todo esto llevó a una mitificación de la ciencia que ha durado hasta bastante avanzado el siglo XX.:

Las sociedades modernas han hecho de la Ciencia una clase de religión. En los años 1920 el geólogo Pierre Terrier hablaba de la “pasión extraña y sobrehumana” que se desencadenaba en el corazón del sabio; el cual –afirmaba él- “tiene aquí una función totalmente sublime, como el cura, como el poeta, como el artista, habla en nombre del infinito”. Mejor aún, “la vida está hecha para saber, y sin la ciencia no vale la pena de ser vivida”. Sobre el plano de la metodología se ha hecho una casi deificación del método científico, de su objetividad, de su rigor, de su potencia. (...) En 1982 documentos emanando de un ministerio francés explicaban que la ciencia iba a resolver la crisis, a engendrar un nuevo modelo de sociedad, etc.¹⁰

2ª- Pero, por otro lado, una revisión crítica por parte del neopositivismo y sus seguidores en la línea que apuntaban las palabras de Boltzmann citadas anteriormente, han puesto de relieve la brecha abierta entre la teoría y los hechos, llegando a poner en entredicho hasta la propia metodología que parecía el reducto último en el que se refugiaba y resguardaba el rigor, la precisión y sobre todo la verdad que la ciencia era capaz de alcanzar.

⁸ Boltzmann, Ludwig: *Escritos de mecánica y termodinámica*, Alianza, Madrid, 1986, p. 108.

⁹ Planck, Max: *¿A dónde va la ciencia?*, Losada, Buenos Aires, p. 198.

¹⁰ Thuiller, Pierre: *D’Archimede à Einstein*, Fayard, París, 1988, pp. 292-293.

Ante estas ensoñaciones líricas –comenta Thuiller ante las palabras expresadas por Terrier- no es extraño que se hayan manifestado reacciones. ¿Es seguro que los métodos científicos llevan a la verdad? ¿No es hora ya de poner a los “sabios” en su justo lugar? De ahí la aparición de un cierto número de trabajos críticos que han modificado extraordinariamente la imagen de la ciencia, mostrando sus debilidades, sus límites, sus abusos de poder y sus tendencias imperialistas.¹¹

El método se ha convertido entonces en el gran protagonista entre los historiadores y filósofos del siglo XX a partir de las críticas y las propuestas del neopositivismo. A pesar de que ciertos autores querían evitar a toda costa el *esencialismo* que parecían incorporar ciertos conceptos científicos (el atomismo de Boltzmann, por ejemplo), otros, en cambio, como Quine o Duhem hacían incluso depender la observación de la teoría. En este contexto apareció en los años sesenta el conocido libro de Kuhn *La Estructura de las revoluciones científicas* en el que plantea que el desarrollo de la ciencia no es uniforme ni acumulativo, sino que unas teorías se sustituyen por otras, inconmensurables entre sí, y sólo ocurre cuando la primera ha agotado sus respuestas a los nuevos problemas que continuamente se le plantean. La revolución copernicana o la crisis del éter en el siglo XIX son fundamentalmente los cambios más analizados y la pregunta esencial es ¿cómo evaluar los éxitos y los fracasos de la ciencia? Desde el momento que a estas alturas se cuestiona también el rigor y el valor del método científico se va a ir instalando poco a poco un relativismo que alcanza por supuesto a los resultados de la propia ciencia.

Una hipótesis matemática es un mero formalismo, una herramienta o un instrumento matemático comparable con una máquina de calcular. Se la juzga solamente por su eficiencia. Puede no solo ser admisible, sino también útil y hasta admirable, pero no es ciencia; aunque dé los resultados correctos se trata solo de una estratagema, de una “treta” (...) no se plantea la cuestión de la verdad de una hipótesis matemática, sino solamente la de su utilidad como herramienta de cálculo.¹²

Desde el utilitarismo que Popper propone en este texto o desde las controversias generadas por las tesis de Kuhn se va a llegar a plantear que la validez de una afirmación es relativa a un individuo o a un grupo social y en consecuencia todos los conocimientos tienen el mismo grado de validez, como pretenderá Feyerabend, para quien, como dice Thuiller “no hay ninguna diferencia entre el objeto de la creencia y el objeto de la ciencia, entre el comportamiento del sabio y el comportamiento del babuino en medio de sus congéneres”.¹³

¹¹ Idem, p. 293.

¹² Popper: Op. cit. P. 211.

¹³ Thuiller: Op. cit, p. 293.

Imposturas en la Ciencia

Como consecuencia de todo esto en los años ochenta una serie de filósofos, en su mayoría franceses (entre los que se contaban Deleuze, Derrida, Bruno Latour, Lyotard, Julia Kristeva, Michel Serres, etc.), impactaron a la intelectualidad americana con sus escritos sobre la filosofía y la cultura donde se cuestionaban las bases de lo que se llamaría la “postmodernidad”. Entre sus planteamientos destacaban tres cosas esenciales:

Una corriente intelectual caracterizada: por el rechazo más o menos explícito de la tradición racionalista de la Ilustración, por elaboraciones teóricas independientes de todo test empírico, y por un relativismo cognitivo y cultural que trata las ciencias como “narraciones” o construcciones sociales entre otras.¹⁴

Pero tales presupuestos estaban expresados en un lenguaje que manifestaba un uso impreciso y abusivo de términos provenientes de las ciencias fisico-matemáticas totalmente sacados de su contexto. Y en eso consiste la impostura, en

Manipular frases desprovistas de sentido y librarse a juegos de lenguaje. Se trata de una verdadera intoxicación por las palabras, combinada de una soberbia indiferencia por su significación.¹⁵

Pero como toda impostura, no podía ser denunciada de una manera directa por el prestigio que este grupo había adquirido entre el lector americano ya que además trataban ámbitos diferentes como la filosofía, el psicoanálisis, la semiótica o la filosofía de la ciencia. Así pues para delatar en este caso que *el rey está desnudo* y sacar a la luz la impostura se recurrió a una estratagema. Un científico, Alan Sokal, de la Universidad de Nueva York escribió un artículo con el título de *Trasgredir las fronteras. Hacia una hermenéutica transformativa de la gravitación cuántica*. Como su propio autor indica el artículo estaba plagado de inconsecuencias, ilogismos flagrantes y un relativismo extremo, y de esta manera fue enviado a la revista *Social Text*, que era la que consagraba a todos estos filósofos. El supuesto engaño funcionó y la revista lo aceptó y

¹⁴ Sokal, Alan y Bricmont, Jean: *Impostures Intellectuelles*, Ed. Odile Jacob, París, 1997, p. 11.

¹⁵ Idem, p. 15.

lo publicó; es más “lo publicó en un número especial concebido como una respuesta a las críticas emitidas por ciertos científicos contra la actitud postmoderna”¹⁶

Una vez editado el artículo, el autor envió una carta explicando la parodia y el engaño al que había sometido a la citada revista; “¡era difícil –comenta él mismo- para los editores de *Social Text* librarse de una auto-refutación práctica más radical que publicando este artículo y en un número especial!”¹⁷ En efecto, se trataba del burlador burlado pues este tipo de imposturas, como las vimos al principio, son difíciles de rechazar de una manera directa, ya que en ese caso uno queda claramente excluido del colectivo que detenta el conocimiento o el saber (o incluso el poder) de que se trate. Estos autores “piensan, sin duda, poder utilizar el prestigio de las ciencias exactas para dar un barniz de rigor a su discurso. Además parecen seguros de que nadie notará el uso abusivo de los conceptos científicos. Nadie va a gritar el rey está desnudo.” Pero, como el propio Sokal afirma “Nuestro fin es justamente decir que *el rey está desnudo*”.¹⁸ Lo que estos autores (Sokal, y su colega Jean Bricmont de la Universidad de Lovaina) finalmente han hecho es mostrar los diferentes grados de abuso que van desde un

Cierto número de extrapolaciones de conceptos científicos fuera de su dominio de validez que son erróneos, aunque por razones sutiles... hasta numerosos textos desprovistos de sentido pero diseminados de terminología erudita.¹⁹

Lo que han pretendido es

Despertar una actitud crítica, no solamente hacia ciertos individuos, sino igualmente respecto de una parte de la “intelligentsia” en Europa y Estados Unidos que ha tolerado e incluso alentado este tipo de discursos.²⁰

Con posterioridad estos dos científicos escribieron un libro explicando en detalle las imposturas y denunciando los tres elementos citados del postmodernismo detentado por los filósofos mencionados:

¹⁶ Idem, p.12.

¹⁷ Idem.

¹⁸ Idem, p.15.

¹⁹ Idem.

²⁰ Idem, p.16.

Conclusión

El breve recorrido histórico al que he aludido en el apartado anterior ha sido para mostrar en qué medida la ciencia tampoco se ha librado del engaño que suponen las imposturas. Sin embargo no todas las críticas que estos autores apuntan son provocadas por las elucubraciones de los filósofos postmodernos; ya hemos visto como se ha llegado a hacer una deificación exagerada de la ciencia y a constituir el método como el protagonista fundamental en el debate al que aludía Boltzmann. Tal debate se ha consolidado finalmente en una polémica entre

Los *internalistas* que insisten sobre la racionalidad y la autonomía del desarrollo científico; y por otro, historiadores y sociólogos de las ciencias que (de manera más o menos virulenta) manifiestan sobre el deseo de poner al día los comportamientos reales de los científicos²¹ (*externalistas*).

No obstante, como explica Thuiller “la concepción puramente *internalista* de la ciencia ha perdido mucho terreno; en Francia incluso donde largo tiempo ha ejercido casi un monopolio.”²²

Pero no deja de resultar paradójico que:

1- Que el relativismo haya surgido del contexto de la metodología cuando precisamente lo que se pretendía era fijar unas reglas que aseguraran el camino de la ciencia sin escollos.

2- Que de este debate haya triunfado un relativismo extremo, iniciado si acaso por Feyerabend pero continuado después por historiadores, filósofos y sociólogos de la ciencia.

Desde hace una quincena de años —comenta de nuevo Thuiller— las ofensivas contra las interpretaciones “racionalistas” de las actividades científicas se ha multiplicado y sobre todo se han radicalizado. Para destruir mejor la Leyenda Dorada de la “ciencia pura”, epistemólogos, historiadores y sobre todo sociólogos han llegado, no solamente a *poner en duda la existencia de cualquier “método”*, sino a dar una descripción hiper-realista de la ciencia en acto: en último término la investigación científica consistiría en hacer triunfar ciertas ideas por todos los medios, en sacar partido de las circunstancias sociales, en imponer pragmáticamente (e incluso políticamente) ciertas creencias y ciertas prácticas.²³

3- Pero también resulta curioso que después de esta “devaluación” de la ciencia y de sus métodos, los filósofos autores de la impostura hayan recogido términos del lenguaje

²¹ Thuiller: Op. cit, p. 284.

²² Idem, p. 285.

²³ Thuiller: Op. cit. p. 285-286.

físico-matemático para dar un carácter más erudito y profundo a sus escritos. Parecen tener una ambigua relación con las ciencias. El propio Thuiller recoge unas palabras de Bruno Latour, uno de los filósofos que forman parte del colectivo de la “postmodernidad”, es decir de los que abusan del uso de términos científicos mal utilizados o fuera de contexto.²⁴ “Les ciencias no existen”; o incluso “No hay teorías”, lo cual no es extraño, “nunca ha habido deducción”; y “no se piensa, no se tienen ideas”.²⁵

4- Al final resulta también paradójico que la crítica al racionalismo y sobre todo al *esencialismo* como un lenguaje vacío de contenido (recuérdese el concepto de fuerza o el de átomo, mencionado más arriba), haya culminado en un discurso vacío también de contenido y rompiendo con lo que pudiera ser el lema fundamental de la filosofía de Berkeley, precisamente uno de los primeros críticos del esencialismo: “Decir una palabra y no significar nada con ella es indigno de un filósofo”²⁶.

En cuanto al relativismo, partiendo de la metodología ha ido evolucionando hacia un sociologismo.

Es la liquidación final —explica Thuiller. Liquidación que está preparada gracias a un dispositivo metodológico que anula, por así decir, los aspectos epistemológicos de la ciencia. Por ejemplo, según los sociólogos partidarios del “programa fuerte” es necesario ser imparcial, es decir, tener la misma actitud respecto de la “verdad y de la falsedad, de la racionalidad o la irracionalidad, del éxito o del fracaso”. “Las verdaderas y las falsas creencias deben ser explicadas por el mismo tipo de causas”. Los discursos y las prácticas científicas son, por tanto, desracionalizadas a priori. Así triunfan la sociología y la psicología: la gran ambición es dar cuenta de fenómenos de creencia socialmente determinados.²⁷

Ahora bien, ¿cuál es el fundamento de todo esto? Parece ser el descubrimiento a estas alturas, por parte de los sociólogos de que “los métodos y las hipótesis tienen orígenes totalmente *humanos*, los científicos tienen pasiones y prejuicios, su institución es literalmente inseparable de las instituciones militares e industriales, etc.”²⁸

Pues sí, en efecto, llegados a este punto hay que darles la razón; pero para este viaje no habían sido necesarias tales alforjas. No hay más que acudir a la historia de la

²⁴ Sokal y Bricmont, cfr. p. 115.

²⁵ Thuiller, p. 287.

²⁶ Popper: Op.cit. p. 209.

²⁷ Thuiller: Op. cit. p. 286.

²⁸ Thuiller, p. 296.

ciencia para saber el papel que han jugado la Inquisición o la Iglesia en la aceptación y rechazo de las teorías, por poner un ejemplo. Y por supuesto esos argumentos valen para la teoría newtoniana, para el darwinismo o la Relatividad²⁹ Pero lo que no se justifica es el reduccionismo; un reduccionismo que, al parecer, no se aplica a los que elaboran este tipo de discursos, porque de ser así cabría pensar que se ha producido de nuevo una lucha de poderes, según su propia tesis, en la que han ganado los sociólogos, para descubrirnos a estas alturas lo que sucede desde que apareció el hombre en la Tierra.

¿Qué queda, pues de las ciencias después de esta gran limpieza sociológica? No gran cosa: es solamente un conjunto de pasos y de discursos que es necesario comprender en términos de “relaciones de fuerza”. La ciencia y la guerra son similares. Hay discursos fuertes y discursos débiles, como decían los antiguos sofistas, exactamente como hay armas fuertes y armas débiles. Después de la batalla no queda más que hacer balance “Los vencidos estaban equivocados; los vencedores tenían razón.”³⁰

Al llegar a este punto tendríamos que hablar de la olvidada paradoja de los conjuntos, aunque quizá nos alargaría un poco el tema. Pero la pregunta es, si el conjunto de las ciencias que son como la guerra incluyen a la sociología, en cuyo caso quedaría invalidada por su propia crítica; o bien, si no es una ciencia, ¿pertenece acaso al universo de las “narraciones” más o menos imaginativas?

Lo que me obliga a recurrir a la paradoja de los conjuntos es el hecho de que con estos planteamientos no se puede argumentar, ni razonar.

Aquel que razona ante los otros (...) es siempre, en el mejor de los casos un prestidigitador, en el peor un tramposo”. Qué valen, pues, los razonamientos de aquel que dice que todo razonador es un prestidigitador o un tramposo? En todo caso, la conclusión está ahí: no más ciencias, no más historia de las ciencias.³¹

Al final, estos planteamientos, como el del escéptico, caen en su propia trampa. Si uno no cree en nada, no puede creer tampoco en esta afirmación categórica. Si todo es relativo y resultado exclusivo de las condiciones del clima social y los avatares individuales del científico también este mismo presupuesto es resultado del clima social de quien lo formula y de sus avatares personales. Terminaré por lo tanto con un texto de José Luis González Recio en un libro que lleva por título *Galileo en el infierno*. En este

²⁹ Cfr. Thuiller, p. 286.

³⁰ Thuiller, Op. cit. p. 287.

³¹ Idem, p. 298.

peculiar entorno Galileo tiene un encuentro con Feyerabend donde debaten sus respectivos puntos de vista, manteniendo aquel las tesis que defiende en sus Diálogos, apoyadas en un racionalismo, y Feyerabend su peculiar anarquismo epistemológico:

Galileo: — No juguéis conmigo, señor Feyerabend. Habéis empleado mucho tiempo y muchas páginas para explicar que los hechos de los que se ocupan los científicos nunca están libres de teoría, de modulaciones culturales, de ideología –según gustáis decir-. ¿Queréis afirmar, ahora, que tal contaminación no afecta a vuestros ejemplos históricos y que podéis hacer con ellos vastas generalizaciones? ¿Tan rotundas generalizaciones que os conducen nada menos que a leyes *absolutamente necesarias* para eso que llamáis desarrollo del conocimiento? ¿Acaso una inducción histórica referida a la inexistencia de prácticas inductivas deja de ser una inducción.... La verdad, señor Feyerabend no esperaba que comenzáramos de un modo tan tedioso.³²

³² González Recio, José Luis: *Galileo en el infierno. Un diálogo con Paul K. Feyerabend*, Trotta, Madrid, 2007, p. 46.